

“Habitar, danzar y resistir: Cuerpos y afectos danzantes en Kurarewe, Wallmapu”

Natalia Belén Muñoz Villalón

Profesora de Historia y Geografía, Licenciada en Historia y en Educación de la Universidad de Playa Ancha

Bailarina e investigadora de ritmos afrolatinoamericanos, actualmente forma parte de la Compañía de Danza Colibrí en Pucón e imparte clases de Danza Afrolatinoamericana en la Aldea Intercultural de Curarrehue. Trabaja en Educación Rural e Intercultural, vinculando su trabajo y sus investigaciones a la recuperación de la memoria oral, territorial y de las corporalidades.

Al momento de intervenir un espacio, un territorio o una comunidad, se vuelve fundamental diagnosticar las verdaderas necesidades e inquietudes de los lugares, cuerpos y sueños que ahí habitan. Es un acto de responsabilidad con nuestro entorno y con el sentido de nuestra labor, ser capaces de sincronizarnos con estos deseos, construyendo desde ahí espacios y herramientas efectivas en pos de lograr las transformaciones necesarias y pertinentes para el bienestar de toda la compleja red de relaciones de un lugar.

La problematización y práctica de la danza también se tensiona a partir de estas reflexiones, particularmente en el contexto de la ruralidad chilena, donde los espacios y oportunidades educativas que aproximan esta disciplina a sus habitantes son muy escasas, y donde la norma cultural ha moldeado y restringido los cuerpos, volviéndolos ajenos a las exploraciones que buscan alcanzar expresión desde el movimiento. Nuestro país posee unas bases curriculares educativas donde prácticamente no hay espacio para el juego, la actividad física, ni

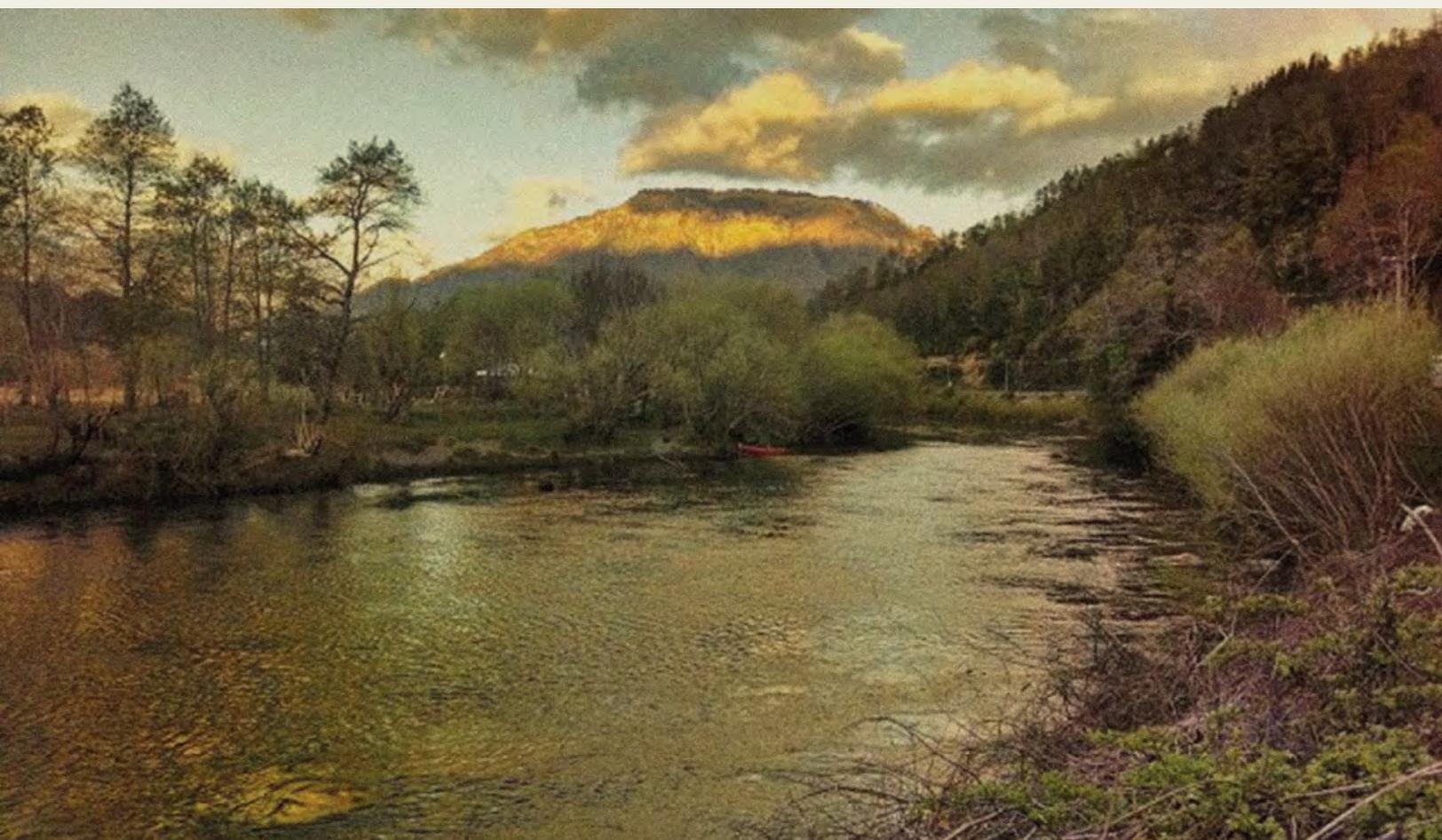
el movimiento, obteniendo como resultado diversos obstáculos al interior de las instancias que proponen un proceso de aprendizaje desde el cuerpo y sus sentidos, lo que muchas veces genera agotamiento entre quienes trabajamos con niños al interior de espacios formales como escuelas. La estructuración de esta institucionalidad desacredita estas prácticas, y la realidad nos enfrenta a un abismante proceso de represión de los cuerpos y su capacidad creativa, un proceso de amputación de su raíz salvaje: de su necesidad de sol, de agua, de bosque, de tocar, de lamer, de dormir. La realidad de nuestro sistema educativo, moldeador de las sociedades, es solo un reflejo más de lo que el capitalismo ha hecho con la “Historia del cuerpo”. Según Silvia Federici, el capitalismo no fue el primer sistema basado en la explotación de la labor humana pero, más que cualquier otro sistema en la historia, ha tratado de crear un mundo económico donde el trabajo es el principio más esencial de acumulación. Como tal, fue el primero en hacer de la regimentación y mecanización del cuerpo una premisa

clave para la acumulación de riqueza. De hecho, una de las principales tareas sociales del capitalismo desde sus inicios al presente ha sido la transformación de nuestras energías y potencias corporales en potencias de trabajo.

Ante esta realidad nos queda teorizar y reconstruir desde dos visiones: describiendo las distintas formas que el sistema, o los sistemas, llámese capitalismo o patriarcado, ha activado en su contra, o dialogar y comprender el cuerpo como un campo de resistencia; esto es nada más que el cuerpo y sus poderes: el poder de actuar, de transformarse a sí mismo y al mundo, territorio que proyecta sus propios límites naturales ante la explotación.

La danza es clave frente al proceso de esta recuperación porque a través del autogoce de nuestra corporalidad vamos resignificando y reconstruyendo la visión de nosotros mismos, de nuestro propio ser y de nuestra danza. Nuestros movimientos nos enraízan y conversan de una forma determinada con el espacio y el territorio, elevan

Fotografía gentileza de www.veoverde.com



nuestros sentidos otorgando una llave hacia el autoconocimiento y, por tanto, adquirimos mayor consciencia de los propios deseos, las libertades y la fuerza interior que habitan en nosotros.

Con el cambio de mi residencia –de Valparaíso a Kurarewe, urbanidad a ruralidad– me enfrenté a un sinfín de nuevas experiencias: tanto en el plano íntimo como social. Como profesora tengo la oportunidad de vincularme directamente con “apoderados” (mayoritariamente mujeres) y ser testigo, entre otras cosas, de: a) los altos niveles de violencia intrafamiliar

y sexual que existe hacia las mujeres en la comuna; b) el poco acceso a actividades artísticas o recreativas para los niños y jóvenes de Kurarewe; c) la escasa voluntad de la institucionalidad municipal y regional para generar instancias que fomenten el acceso a la cultura. Estos factores se sumaban a mi lista de otros intereses personales por crear en el pueblo un espacio de encuentro para compartir con la comunidad todo lo que aprendí de manera autodidacta durante cuatro años en Valparaíso: danzas y ritmos afrolatinoamericanos.

La comuna de Kurarewe es una comuna

de carácter rural, cuenta con una población total de 6.784 habitantes (2012, CENSO), de los cuales solo un 26% habita en el pueblo de Kurarewe. Está ubicada en la IX Región de La Araucanía, limitando con las comunas de Pukon, Melipeuko y Panguipulli, y al este con Argentina. Guiándonos por la toponimia señalada y por nuestros conocimientos geográficos, podemos inferir que estamos hablando de territorio mapuche e inmediatamente sacar algunas conclusiones y nociones socioculturales que esto conlleva. Su nombre proviene del mapuzugun “Kurarewe”: Kura= piedra, Rewe = espacio o lugar; Lugar de Piedras.



La población que se identifica con la cultura mapuche en la comuna es un 58,6%. Sin embargo, estas cifras pueden estar distorsionadas ya que en nuestro país ha existido una tendencia a ocultar la pertenencia a grupos originarios por miedo a la discriminación. Cabe señalar que esto está cambiando gracias al progresivo reconocimiento que se ha llevado a cabo respecto de las culturas originarias (PLADECO, Curarrehue. Ciclo 2010 - 2016).

Habitar un lugar significa estar completamente presente en él. Mi trabajo vinculado a la danza y desarrollado en Valparaíso, desde la conformación de una compañía, la planificación de una clase, la confección de un vestuario e incluso la intención de mis movimientos, en ningún caso será idéntico a lo que pueda gestar y compartir en otro lugar. Habitar Wallmapu propició una consciencia mayor en cuanto a mis planteamientos en torno a la danza, exigiendo una responsabilidad que se vinculaba a la forma en que transmitiría

mi mensaje, el del folklore en el que me formé y los encuentros, y cómo estos mundos se entrelazaban en un territorio como Kurarewe. Por primera vez me relacionaba, desde la praxis, en asuntos tan fundamentales y poco explorados como la interculturalidad en la danza. Funcionalmente y de manera muy superficial, entendemos la interculturalidad como la posibilidad de diálogo entre las culturas. Solo argumentaré que la interculturalidad en la danza solo tendrá significación, impacto y valor cuando esté asumida de manera crítica, como acto político que procura intervenir en la transformación de la sociedad y, por ende, en la refundación de sus estructuras que discriminan por raza, subordinan y deshumanizan. Su intención no es solo reconocer, tolerar o incorporar lo diferente dentro de la matriz o estructuras establecidas, por el contrario, es detonar –desde la diferencia– en las estructuras coloniales del poder como reto, propuesta y proceso. El foco problemático de la interculturalidad no reside solamente en las poblaciones

indígenas o afrodescendientes, sino en todos los sectores de la sociedad, con inclusión de los blanco–mestizos occidentalizados (Rivera, 1999).

Se vuelve necesario que en cada instancia social, política, educativa y humana exista un accionar en pos de una transformación que no quede en el enunciado o en la imaginación.

Desde la primavera del año 2016 se desarrolla el Taller de Danzas y Ritmos Afrolatinoamericanos en Kurarewe, pudiendo ser testigo del avance y la consciencia corporal y rítmica alcanzada por las participantes, como también por mí. El lugar donde nos reunimos es la Aldea Intercultural “Trawupeyüm”, lugar donde existe un fogón que ha propiciado un cálido ambiente que va más allá del que tiene relación con las temperaturas. A su lado, además de bailar, entrelazamos afectos y preocupaciones, conversamos e imaginamos acciones concretas en beneficio de la Tierra sobre y para la cual danzamos. Este constituye en sí un acto intercultural. Para la cultura mapuche, el saludo, el compartir un



Fotografía gentileza de
www.araucaniasinfronteras.cl

mate, el preguntar por la familia es fundamental antes de iniciar cualquier “trawün” (encuentro).

Kurarewe actualmente atraviesa múltiples conflictos medioambientales y, por tanto, las personas mapuches y no mapuches que aquí habitamos nos vemos también “atravesadas” por esta realidad, desde nuestra emoción, hasta el cuerpo y el movimiento. Y es que nuestra práctica no puede permanecer ajena a estas conjeturas, pues toda experiencia humana implica un diálogo continuo entre movimiento –sensorialidad–, sentimientos y significación. Nada que involucre a los seres humanos puede poseer una naturaleza rígida o insensible.

Podemos decir que el capitalismo nace de la separación de la gente y la Tierra, y entre sus más constantes búsquedas se encuentra la mecanización, convertir los cuerpos masculinos y femeninos en máquinas. En la medida que internalizamos esta visión, internalizamos la experiencia más profunda de alineación. Cuentan los epew mapuche que hubo un tiempo

en que podíamos leer los vientos, conversar con los pájaros e incluso cambiar de forma. El contacto diario con la naturaleza fue la gran fuente de conocimiento que otorgó a los antiguos capacidades que la cultura occidental y la iglesia católica catalogó como sobrenatural o sencillamente como brujería, buscando amputar el infinito poder de los humanos, tan visible en sus posibilidades: el lenguaje, el movimiento, la comunicación con otros cuerpos, la transformación de nosotros mismos y el espacio a nuestro alrededor. La práctica de la danza en comunidad reflejará inminentemente el esfuerzo de la Tierra por recuperar estos poderes, el cuerpo recuerda, y danzamos para encontrarnos, expandirnos y reconstruirnos; nos habita un genuino interés por estar completamente presentes con nosotras mismas y nuestros anhelos y el más honesto es el bienestar de nuestra comunidad y nuestro territorio, el de nuestras compañeras, nuestros niños y nuestros ríos.

